

“Dame, pues, ahora este monte”

Pr. Yeury Ferreira

Texto:	Josué 14:6–12
Idea central:	El servicio a Dios no tiene tiempo de jubilación.
Área:	Desafío profético
Propósito:	Después de escuchar este sermón, los oyentes serán animados a continuar fielmente sirviendo al Señor, colocándose cada día nuevas metas espirituales que conquistar.
Diseño:	Expositivo
Lógica:	Deductiva

Introducción

¿Ha escuchado usted el nombre de **Erik Weihenmayer**?

Es uno de los pocos alpinistas que ha conquistado las siete cumbres más altas del mundo. En el año 2001 decidió escalar la cima más alta del planeta: el monte Everest. Según los expertos, solo alrededor del diez por ciento de quienes lo intentan logran alcanzar esa cumbre. Sin embargo, el 25 de mayo de 2001, Erik Weihenmayer se convirtió en uno de esos pocos.

Lo extraordinario de esta hazaña es que Erik es ciego. A los trece años perdió la vista debido a una enfermedad degenerativa. No obstante, esa limitación no fue obstáculo para alcanzar su sueño. En una entrevista realizada inmediatamente después de conquistar el Everest, expresó palabras que impactan profundamente:

“El mundo cataloga muchas cosas como imposibles muy rápido, simplemente porque no hemos encontrado sistemas alternativos para enfrentar los retos. Hubo un momento en que supe que tenía la capacidad para subir el Everest. Muchos se rieron, pero unos pocos creyeron, y eso fue suficiente. Nunca temí al fracaso; aprendí a lidiar con él. Lo que sí temía era cómo reaccionaría el mundo si fracasaba. A veces hay que tomar las expectativas de otros, tirarlas a la basura y alcanzar tu máximo potencial.”

Erik Weihenmayer es un ejemplo inspirador de superación. Él conquistó la cima más alta del mundo. De manera similar, la Biblia nos presenta la historia de un hombre que, a los ochenta y cinco años, pidió conquistar una montaña.

Le invito a abrir su Biblia en Josué capítulo 14. Hoy estudiaremos la vida de uno de los grandes guerreros de Dios en el Antiguo Testamento: **Caleb**.

Caleb es descrito como uno de los grandes héroes de la fe. Su nombre significa “*temerario, impetuoso*”, y refleja con precisión su espíritu conquistador. En los últimos capítulos del libro de Josué observamos que, tras la conquista de Canaán, Josué enfrentó la compleja tarea de repartir la tierra entre las tribus de Israel. El registro bíblico indica que cinco grupos o personas se acercaron a Josué para reclamar la heredad prometida: Acsa (15:17–18), las hijas de Zelofehad (17:3–6), la tribu de José (17:14–18), los levitas (21:1–3) y Caleb (14:6–12).

Hoy nos concentraremos exclusivamente en la petición de Caleb. Acompáñeme a leer Josué 14:6–12 y observemos las palabras de este extraordinario hombre de Dios.

Desarrollo

I. Sirviendo al Señor al inicio de las fuerzas (Josué 14:6–9)

En los versículos 6–9, Caleb retrocede mentalmente cuarenta y cinco años, hasta el episodio de Cades-barnea. Allí recuerda su fidelidad al mandato divino. ¿Por qué vuelve a ese momento? Porque Cades-barnea marcó el inicio de una vida de obediencia perseverante.

El relato de Números 13–14 nos ayuda a comprender este trasfondo:

1. Moisés envió doce espías, líderes representativos de cada tribu (Núm. 13:1–17). Entre ellos estaban Josué y Caleb.
2. La misión era clara: inspeccionar la tierra prometida y presentar un informe fiel.
3. Durante cuarenta días recorrieron Canaán y comprobaron que la tierra fluía leche y miel; prueba de ello fue el racimo de uvas que debió ser cargado por dos hombres (Núm. 13:23).

Sin embargo, diez espías enfocaron su informe en las dificultades: ciudades fortificadas, gigantes, amenazas. Declararon: “*No podremos subir... porque es más fuerte que nosotros*” (Núm. 13:31). El resultado fue desánimo, temor y rebelión.

En medio de esa crisis nacional, Caleb se levantó con fe y convicción:

“Subamos luego y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos” (Núm. 13:30).

Caleb vio lo que otros no vieron. Donde muchos vieron gigantes, él vio a Dios. Donde otros vieron derrota, él vio promesa. Caleb sirvió al Señor bajo presión, cuando la mayoría se apartó y cuando su fidelidad le costó popularidad e incluso la vida.

Aquí hay una lección profética para nosotros: **estar del lado de Dios casi siempre implica estar en minoría**. La fidelidad no se mide por aplausos, sino por convicciones. Elena de White lo expresó con fuerza:

“El permanecer firmes en defensa de la verdad y la justicia cuando la mayoría nos abandone... ésta será nuestra prueba” (*Testimonios para la Iglesia*, t. 5, p. 128).

Caleb fue fiel en la juventud. No cedió ante la presión. Y Dios honró su fidelidad.

II. Sirviendo al Señor en el ocaso de la vida (Josué 14:7-12)

Caleb no solo fue fiel al comienzo; también lo fue al final. Nunca fue el líder visible del pueblo —ese rol recayó sobre Josué—, pero jamás lo vemos resentido, crítico o competitivo. Sirvió fielmente desde el anonimato, apoyando el liderazgo establecido.

A los ochenta y cinco años, Caleb declara verdades que revelan su madurez espiritual:

1. Reconoce la soberanía de Dios sobre su vida:

“Jehová me ha hecho vivir” (Jos. 14:10).

Caleb entendía que su longevidad no era mérito propio, sino gracia divina.

2. Conserva viva la memoria de las promesas:

El paso del tiempo no borró de su mente lo que Dios había dicho. Puede que olvidemos muchas cosas con los años, pero nunca debemos olvidar las promesas del Señor.

3. Mantiene un espíritu conquistador:

“Hoy soy de edad de ochenta y cinco años... todavía estoy tan fuerte” (Jos.

14:10–11).

La vejez no es solo cuestión de años; es cuestión de actitud espiritual.

4. Se atreve a pedir un nuevo monte:

“Dame, pues, ahora este monte” (Jos. 14:12).

Caleb no pidió descanso, pidió desafío. No pidió comodidad, pidió conquista.

Conclusión

¿Conquistó Caleb la tierra que pidió? Josué 15:13–14 nos da la respuesta: **sí**. A los ochenta y cinco años derrotó a los gigantes.

Cuando era joven fue fiel. Cuando envejeció, también lo fue. Porque **en el servicio de Dios no hay jubilación**.

Hoy los gigantes no siempre tienen nombre físico, pero siguen presentes: el ego (*¿quién soy yo?*), el orgullo (*¿qué soy yo?*), la autosuficiencia (*¿qué puedo hacer yo?*). Como Caleb, debemos conquistarlos y declarar: “*Señor, yo no puedo, pero Tú sí puedes*”.

Hermanos, mantengámonos fieles más allá de nuestras fuerzas, más allá de la presión, más allá del anonimato y más allá del paso de los años.

El Dios que sostuvo a Caleb, nos sostendrá también a nosotros.

¡Que Dios nos conceda conquistar nuestros montes!